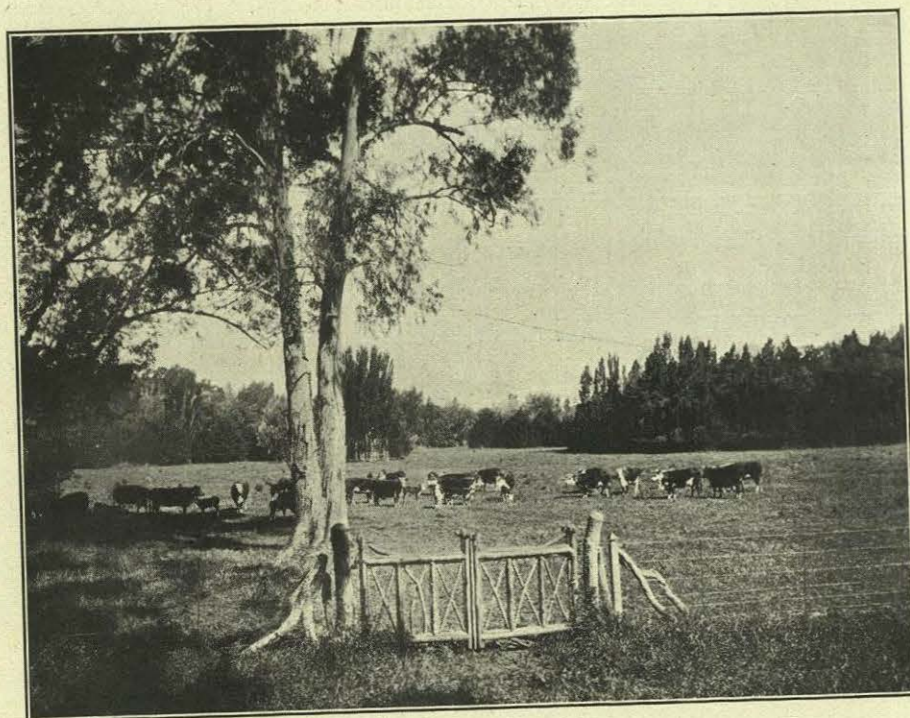


El español diserta sobre las seculares bellezas de su tierra, y el carácter noble y franco de las gentes de la Península; el italiano recuerda las cien ciudades famosas de su patria, verdaderos museos al aire libre, y las compara con las poblaciones improvisadas y monótonas de la Argentina; el francés sonríe irónicamente ante la idea de que Buenos Aires pueda ser comparada en lo futuro con París, y abarcando con mirada protectora la Avenida de Mayo, declara que «no está del todo mal este pequeño boulevard de imitación».

Todos suspiran mentalmente, con el pensamiento puesto al otro lado del Atlántico. —¡Ay, mi patria! ¿Qué hago yo aquí? . . .

Peró no os fiéis de tales enternecimientos. Las críticas y maledicencias son de labios afuera, por matar las horas, por sostener la fingida superioridad de los europeos sobre los hijos del país. En el fondo de su ánimo hay otros pensamientos. Si asentís á sus palabras



PAISAJE DE LA ARGENTINA CENTRAL

en silencio, seguirán hablando mal de la segunda patria, embriagándose con la propia maledicencia. Pero si intentáis hacer coro á sus críticas, una súbita transformación se opera en ellos. Parece como que despiertan, y tirando de las riendas á su facundia, la hacen dar vuelta y desandar el camino, lanzándose á todo galope por los ilimitados horizontes del entusiasmo.

No; ellos aman el país: serían unos ingratos si no lo amasen: se lo deben todo. Han trabajado por la Argentina, han aportado su esfuerzo á la patriótica grandeza, pero ella les ha retribuído con generoso exceso.

— Y, sobre todo, amigo mío — concluyen diciendo con severidad —; es la tierra donde pienso morir, es la patria de mis hijos.

Y le miran á uno indignados, como haciéndole responsable de las críticas frívolas, de las maledicencias superficiales que han salido de su boca poco antes.

«¡La patria de mis hijos!» . . . Estas palabras los unen para siempre á la Argentina con más fuerza que todos los juramentos de nacionalidad y todos los testimonios de ciudadanía.

Aparte de los lazos de familia, existen los del afecto individual, el agradecimiento á un país que ofrece libertad á todos los hombres y amplios medios para la conquista del bienestar. El que vive unos cuantos años en Argentina, difícilmente se habitúa luego á la permanencia en un país de Europa. Se siente cohibido y empequeñecido; experimenta una sensación de afasia, igual á la del que ocupa un piso reducido y bonito en una casa de la ciudad luego de estar habituado á las amplitudes de una quinta, en los infinitos horizontes del campo.

Muchos europeos, después de haber hecho su fortuna en Argentina, donde pasaron la

mayor parte de la existencia, van á disfrutarla en su país de origen. ¡Europa! ¡Eso es lo mejor! . . . Y cuando se instalan en la lejana patria con toda clase de comodidades, empiezan á sentir que les falta algo. El respeto que les rodea no les satisface lo mismo que la fraternal camaradería de la tierra sud-americana, donde casi todos los ricos han sido antes pobres y muchos pobres han sido ricos, lo que da como resultado cierta uniformidad en el trato. La pompa de una monarquía tradicional ó de una república á la europea, con sus castas y privilegios, les hace recordar nostálgicamente la simpática democracia argentina, donde todos son iguales, y por encima de las miserias políticas se ve cómo avanza el país por su propio impulso, riéndose de tutorías.

El entusiasta de Europa acaba por repeler las comodidades de que se ha rodeado, vende á cualquier precio los bienes recién adquiridos, como el que desea salir cuanto antes de un mal negocio y vuelve á la tierra americana, que será en adelante «la tierra donde piensa morir».

El amor á la patria argentina es tal, que muchos extranjeros, y sus hijos nacidos en el país, lo agrandan hasta la exageración.

Los argentinos de abolengo, las familias patricias que llevan siglos en el Plata y ostentan apellidos de pura cepa española como recuerdo de la aristocracia colonial, hablan discretamente de sus abuelos que se inmortalizaron en las luchas por la Independencia. Un pueblo no va á estar acordándose siempre de sus empresas militares. Una guerra, por gloriosa que sea, pasados cien años, es á modo de esas flores secas, aplastadas dentro de un libro, que conservan sus colores, algo pálidos por el tiempo, pero sin el menor rastro de perfume. Los argentinos de estirpe tradicional, cuando rememoran el pasado, hablan con noble imparcialidad de los hermanos españoles que llevaban sus mismos nombres y su sangre, y á los que tuvieron que vencer los gloriosos abuelos por una necesidad histórica.

En cambio, muchos argentinos de nacionalidad reciente, cuyos apellidos «huelen á gringo» por los cuatro costados, recuerdan á todas horas los combates de la Independencia como algo ocurrido ayer, que ellos presenciaron.

Oyéndolos, cualquiera diría que han tomado el mate con los patriotas de la Emancipación y que hablaron de tú al general San Martín.

* * *

La fusión de la raza blanca y la indígena se realizó con el descubrimiento y la conquista de los territorios del Plata por los españoles.

Tres corrientes de población blanca penetraron en el país por diversos puntos. Llegaron por el mar, directamente de España, los primeros descubridores (expediciones de Solís, Gaboto



PAISAJE DE LA ARGENTINA CENTRAL

y Mendoza). Otra corriente española, la más persistente y numerosa, se presentó por el Norte. Esta inmigración, procedente del Perú, al entrar en los territorios del Plata, se dividía en dos ramas. Una seguía el camino directo desde el antiguo imperio de los Incas, extendiéndose en el actual país argentino por los caminos del norte de la Cordillera: otra procedía de Chile, estableciéndose en el territorio de Cuyo, nombre que abarcaba entonces á las provincias modernas de Mendoza, San Juan y San Luis.

La invasión de la raza española se verificó, pues, en el Plata por tres puntos distintos: Este, Norte y Oeste.

Aunque los españoles que llegaron por el Océano fueron los primeros en descubrir y colonizar el territorio, esta corriente de población blanca puede considerarse la menos importante de las tres. Las naves españolas sólo se presentaron en el río de la Plata en los primeros años de la colonización americana. Luego el camino del mar quedó cerrado, recibiendo el país su vida por las rutas del Norte, como dependencia de otros países americanos, en los cuales concentró la metrópoli todas sus fuerzas y actividades.

El monopolio comercial que ejercían sobre América los mercaderes de Sevilla, suprimió el puerto de Buenos Aires, y las naves mercantes se olvidaron de seguir los antiguos rumbos. La marina española navegó, durante siglos, de Cádiz á Portobello y Panamá. Los españoles, pasando el istmo, se reembarcaban en el Pacífico, bajaban hasta el Perú, y desde allí, hombres y mercancías, en una larga fila de carretas, avanzaban lentamente, siguiendo un viaje de meses y meses, lleno de accidentes y peligros, hasta que topaban con Buenos Aires. La más absoluta soledad reinó durante muchos años en el río de la Plata. Sólo algunas embarcaciones de cabotaje visitaban sus orillas subiendo hasta Asunción.

Al aislamiento comercial, ordenado por un monopolio egoísta, uníanse razones de orden político. Los reyes de España parecían asustados del descubrimiento del estrecho de Magallanes. Este paso era peligroso para la seguridad de sus ricas posesiones del Pacífico, pues abría fácil camino á los corsarios y á todas las naciones en guerra con España. Guardábanse como secretos de Estado todos los papeles referentes á tal navegación, y se dejaban circular diver-



UNA PRADERA EN LA ARGENTINA CENTRAL

sas leyendas sobre el famoso estrecho. Según unos, estaba cerrado para siempre con enormes cadenas que había hecho tender el Gobierno español entre ambas orillas; según otros, una isla flotante había venido á encallar en el paso, obstruyéndolo de un modo irremediable.

La monarquía española estaba interesada en que no se navegase por los mares del Sud; quería hacer olvidar la existencia del estrecho descubierto por sus ma-

rinios, y cincuenta años después de las grandes empresas de navegación, no había nave española que intentase seguir la ruta de Solís y Magallanes.

Otra dificultad ofrecía el rumbo directo desde Sevilla y Cádiz á la embocadura del Plata. La dilatada ribera del Brasil pertenecía á Portugal, y esta nación estaba casi siempre en hostilidad más ó menos franca con España. Los pequeños buques de entonces, apenas atravesado el Océano, tenían que buscar la vecindad de la tierra para seguir su viaje costeano, y las riberas del Brasil les ofrecían un peligro más bien que una seguridad. Aunque largo y costoso, era menos expuesto el viaje por Panamá, y de allí á las costas del Pacífico, internándose, finalmente, tierra adentro.

Por todas estas razones, la corriente de población que llegó á las tierras del Plata siguiendo la vía marítima, fué escasa y fugaz. Sólo duró unos años, si bien por este camino se presentó la gente más aventurera y heroica. Luego quedó cerrada dicha ruta más de un siglo, y sólo volvió á abrirse á mediados del siglo XVIII, con las progresivas disposiciones de Carlos III.

La corriente llegada por el Norte fué más poderosa y la que realmente colonizó el país. Los españoles venidos por el mar, sólo fundaron la Asunción en el Paraguay, y la primera ciudad de Buenos Aires, que tuvo una vida triste y rápida.

Los españoles llegados por el Norte y el Oeste se diseminaron prontamente por todo el territorio, mezclándose con las diversas tribus que lo poblaban, y en poco más de cuarenta años, de 1553 á 1596, levantaron las principales poblaciones argentinas, que luego han sido sus capitales.

En el Centro del territorio, Francisco de Aguirre funda á Santiago del Estero, en 1553; Diego de Villarreal, á Tucumán, en 1565; Jerónimo Luis de Cabrera, á Córdoba, en 1578, y Martín García de Loyola, á San Luis, en 1596.

En el territorio Andino, Hurtado de Mendoza crea la ciudad de Mendoza, en 1560; Jerónimo Jofre, á San Juan, en el mismo año, y Juan Ramírez de Velasco á Rioja, en 1591.

En el Norte, Hernando de Lerma funda á Salta, en 1582, y Juan Ramírez de Velasco, á Jujuy, en 1592.

El litoral también recibe su definitiva colonización por el Norte, con Juan de Garay, que funda á Santa Fe, en 1573, y á la actual Buenos Aires, en 1580, y Alonso de Vera que echa los cimientos de Corrientes, en 1588.

Pasado este período de rápidas creaciones, todavía la colonización española levanta nue-



ARROYO EN UNA ESTANCIA

vas ciudades. En 1683, Francisco de Lima crea á Catamarca, y en 1783, Tomás Rocamora á la ciudad de Entre Ríos.

Aparte de estos centros urbanos, los españoles llenaron el país de pequeños núcleos de colonización. Muchos de éstos llevaron una existencia precaria, acabando por desaparecer, pero han servido luego como de jalones indicadores al actual esparcimiento de población, que ya no tiene que luchar con el indio, el desierto y las enormes distancias, cual los primitivos colonizadores.

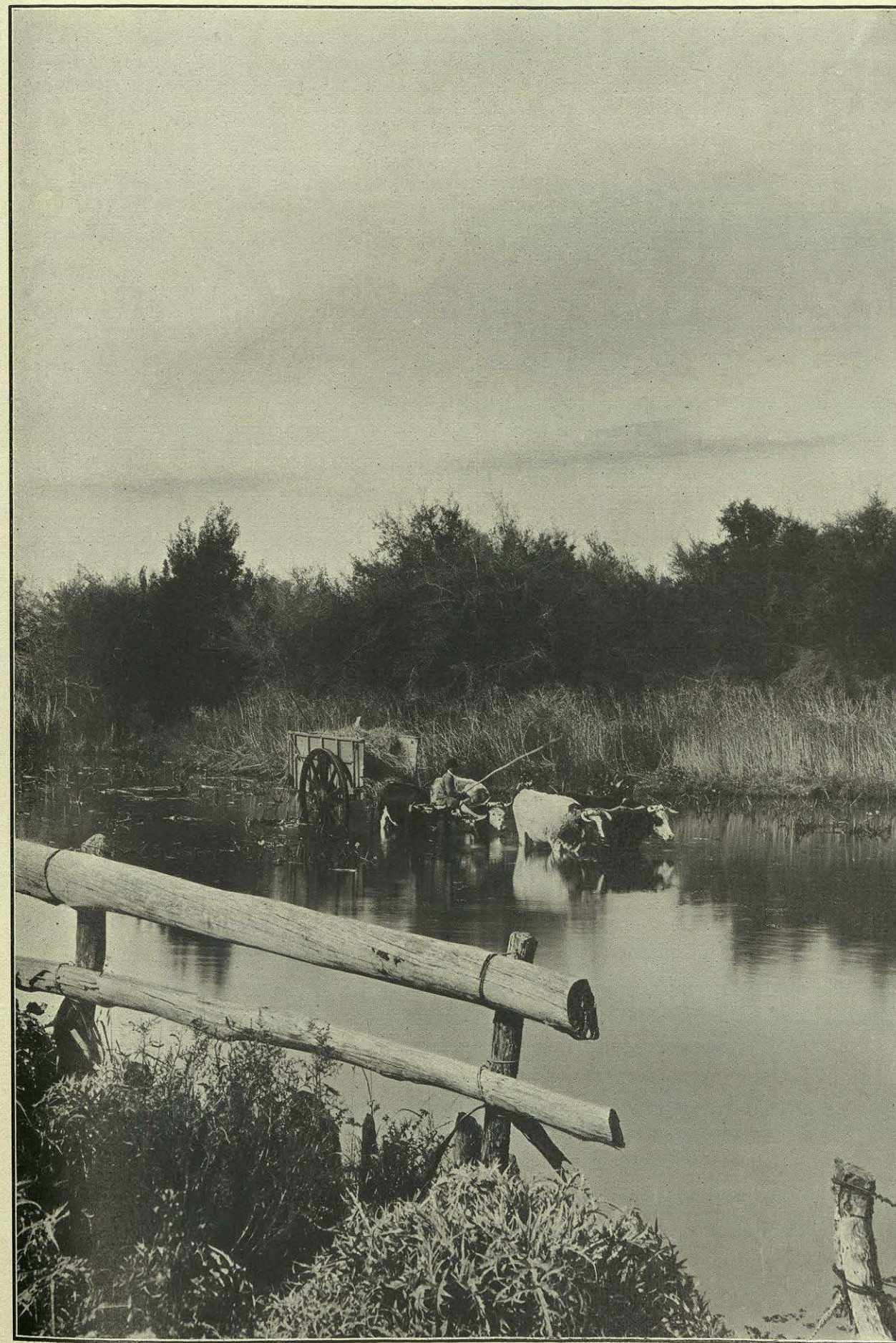
Ningún pueblo tan apto como el español para realizar una fusión de sangres. Llegados casi sin mujeres los conquistadores del suelo americano, á los pocos años de establecidos habían dado vida á una raza titulada criolla, que juntaba en su mestizamiento las buenas y malas cualidades de españoles é indígenas. Cuarenta años después de fundada Asunción, Juan de Garay, al descender el Paraná para levantar los muros de Santa Fe y Buenos Aires, llevaba en su tropa más españoles nacidos en tierra americana que procedentes de la Península. Tan corto espacio de tiempo había bastado para crear una mezcla de sangres, una raza nueva de soldados y constructores de ciudades.

Durante muchos años, una historia apasionada y parcial, por odio á España, que pesó inconsideradamente dos siglos sobre Europa, ha venido declamando contra la barbarie de la conquista de América. No hay que negar que la colonización española fué acompañada de tropelías y crímenes, como por desgracia para la dignidad del hombre ha ocurrido en todas las guerras y empresas de dominación que se conocen en la Historia, y seguirá ocurriendo. La conquista, píntese como se pinte, será siempre una violencia, una imposición de la fuerza. Pero de esto á las matanzas enormes por puro capricho, que describen los historiadores extranjeros y el hiperbólico y terriblemente bonachón Padre Las Casas, hay gran diferencia. De sumar las masas de indios que según tales relatos pasaron á cuchillo los conquistadores, serían tantos los millones de víctimas como los de habitantes que tenía el suelo americano. Nadie habría quedado con vida y, sin embargo, todas las repúblicas de origen hispánico conservan hoy en su población una parte considerable de mestizos, y aun algunas guardan numerosas tribus en estado primitivo.

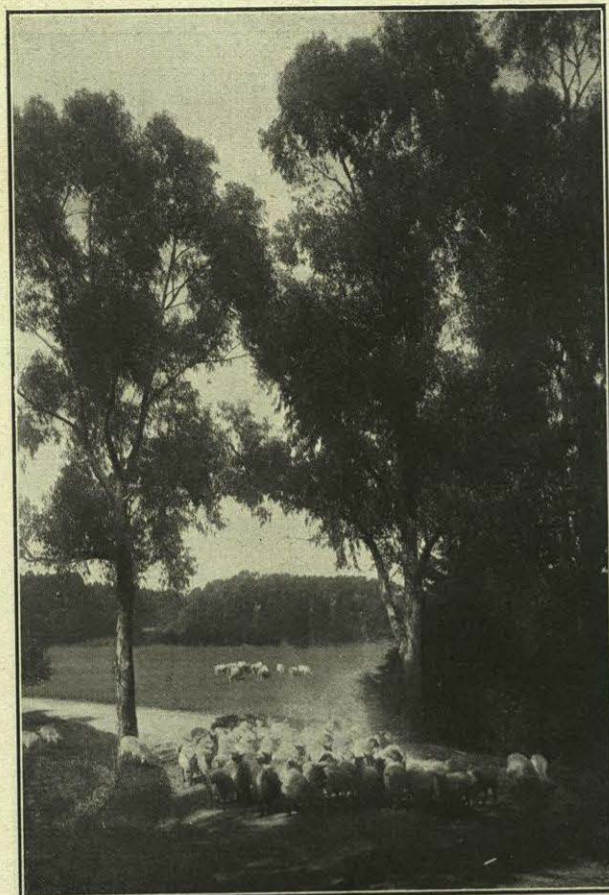
Dejando aparte las violencias propias de una conquista militar, el español vivió desde los primeros tiempos de su llegada en buenas relaciones con el indígena, habitando junto á él é introduciéndose en su familia á impulsos del irresistible apetito que vela por la conservación de la especie.

Hay en los tiempos actuales espíritus secos y crueles, que en nombre de la selección de las razas echan en cara á España, como un crimen, el no haber exterminado totalmente al indio. Según ellos, la mayor parte de los males de los Estados hispano-americanos proceden del cruzamiento de españoles é indígenas. El pueblo ideal para estas gentes es Inglaterra, que allí donde se establece jamás produce mestizos y cuida de enviar mujeres blancas, recogidas en los peores sitios de Londres, á las guarniciones de Asia y África. La suprema ley política es para ellos exterminar todo un pueblo cuando es inferior ó peligroso, como lo ha hecho la Gran Bretaña en ciertas islas de Oceanía ó los Estados Unidos con las tribus indias de sus territorios.

No hay que discutir aquí tales opiniones. Lo que conviene hacer constar es la incongruencia en las censuras á la colonización española. Unos la atacaron hasta hace poco presentándola como un caso histórico, nunca visto, de crueldad sanguinaria: ahora la critican otros por demasiado humana, haciendo responsables á los primitivos conquistadores de los males presentes, por su falta de energía exterminadora.



PAISAJE DE LA ARGENTINA CENTRAL



UNA ESTANCIA EN LA ARGENTINA CENTRAL

Fervorosos católicos estos soldados de las guerras de Italia y de Flandes, creyentes en la otra vida y en las penas eternas, lo primero que procuraban era el bautizo de la concubina amada para que su alma se salvase; y al final, cuando los hijos eran grandes, se decidían á hacerla su esposa.

Lectores entusiastas de libros de caballerías, habituados como Don Quijote á ver las ventas convertidas en castillos y las maritornes en beldades, titulaban «princesa india» á cualquiera hija de cacique que corría á ellos, deslumbrada por su talle marcial y el brillo de sus armas; y la tal princesa no era mejor que cualquiera chiriguana de las que se encuentran ahora en los territorios del norte argentino.

Enamoradizos cual los andantes caballeros, que necesitaban tener una dama de sus pensamientos, estos paladines de la conquista se engañaban á sí mismos como el hidalgo manchego, que convirtió á la zafia labradora Aldonza Lorenzo en la sin par Dulcinea. El amor y las lecturas sublimes que llevaban en el cerebro transfiguraban cuanto les salía al paso, amplificándolo con una hipérbole propia de su condición de andaluces, pues Extremadura, patria de famosos conquistadores, no es más que una prolongación agreste de Andalucía.

El amontonamiento de unas cuantas tribus parecías un reino poderoso; las naciones regidas por los Incas ó los déspotas mejicanos las titulaban imperios, describiéndolas con arreglo al patrón del de Carlos V; unas cuantas alhajillas de plata trocadas con unos indígenas errantes, bastaban para dar nombre inmortal á un río; toda india bien bañada, con baratijas en el pecho y plumas en el cabello, era hija de un heroico monarca; y cuando entre ellos iba un poeta como Ercilla, cantaba las peleas de cincuenta españoles y ochocientos araucanos con la misma sonora majestad que el choque del Oriente musulmán y el Occidente cristiano en la gran batalla de Lepanto.

Es explicable la rapidez con que se efectuó la fusión de las dos razas. Los españoles de la conquista eran hombres extraordinarios en toda clase de actividades. Su energía concentrada y ardiente necesitaba el derivativo de la acción. Cuando no emprendían exploraciones por llanuras misteriosas, infinitas como mares, ó se enfrascaban en selvas jamás holladas por la planta humana, entregábanse en sus aldeas á un descanso, no reposado, sino activo, de grandes consecuencias para la raza y la población del territorio.

El apellido de cada conquistador repartiase entre varias docenas de niños indígenas, cuyas facciones, menos cobrizas que las de las madres, conservaban algo de la cara del padrino. De Juan de Ayolas y otros capitanes, cuéntase que reconocieron algo de su persona en más de un centenar de pequeños indios. Y no vaya á creerse que la mezcla de razas era producto invariable de la violencia y que el conquistador trataba á la hembra indígena como una presa.



UN RODEO DE GANADO